

Temas Poléuticos Bestemios de un astro

G. E. en la U.R.S.S.

(Viene de la página 1)

en la esperanza

Se fué tras la educación que miserablemente le dieron. Y se fué en una noche de incertidumbre y desasosiego, cuando en el firmamento se dibujaba una estrella de luz que se irrumpe en la bruma de una hora melancólica, triste y dorada.

Ya no queda de él nada en este pedruzco de tierra que mora. Yo solo quedo yo, el que o tanto y poco seguro de su caminar a través. No es fué me lo llevaron como la otra vez. Me lo arrebataron de nuevo, cuando comenzaban sus ojos a ver con mayor claridad los objetos que le rodeaban. Aquel día me lo arrastró hacia sus dominios.

Joven, pero sin fuerzas físicas ni morales. Sin energías para poder alentar las exigencias de la vida, se apartó de mí y se apartó con la sonrisa en los labios, con la alegría en su corazón, con la ilusión de un niño que sólo ve fanasías de muchísimos colores y formas. Así se alejó del color paternal.

¿Qué fué de él? ¿Quien fué? ¿Tanto hizo por anorar su desgracia corporal. Si yo hubiera podido... Si hubiera tenido valor... Desventura por desventura... ¿Es el destino? No, pero en el dolor mirando al hombre. La pena sigue martirizándole. Qué honda se clava el dardo... Es la obscuridad que se traga a la luz. Son las tinieblas que todo lo invaden.

Le tuve conmigo. A mí lado estubo durante algunos años... ¿Para qué? Si yo el dolor mirando al hombre. La pena sigue martirizándole. Qué honda se clava el dardo... Es la obscuridad que se traga a la luz. Son las tinieblas que todo lo invaden.

De mi Carnet blanco y negro

MÁS, mucho más, que las ofensas de los epístolas, quienes forjaron la legendaria coraza de los cristianos primitivos, contra la que iban a mellarse pios y lanzas mercenarias, fueron las voluntades estólicas.

El estoicismo insurgente, que en el siglo II, cuando el imperio romano se desmoronaba, se levantó como un gigante, aplastado por el tuberculoso, destruyendo por el barbaro de una casta con un puñal y roca.

El estoicismo insurgente, que en el siglo II, cuando el imperio romano se desmoronaba, se levantó como un gigante, aplastado por el tuberculoso, destruyendo por el barbaro de una casta con un puñal y roca.

El estoicismo insurgente, que en el siglo II, cuando el imperio romano se desmoronaba, se levantó como un gigante, aplastado por el tuberculoso, destruyendo por el barbaro de una casta con un puñal y roca.

El estoicismo insurgente, que en el siglo II, cuando el imperio romano se desmoronaba, se levantó como un gigante, aplastado por el tuberculoso, destruyendo por el barbaro de una casta con un puñal y roca.

El estoicismo insurgente, que en el siglo II, cuando el imperio romano se desmoronaba, se levantó como un gigante, aplastado por el tuberculoso, destruyendo por el barbaro de una casta con un puñal y roca.

El estoicismo insurgente, que en el siglo II, cuando el imperio romano se desmoronaba, se levantó como un gigante, aplastado por el tuberculoso, destruyendo por el barbaro de una casta con un puñal y roca.

El estoicismo insurgente, que en el siglo II, cuando el imperio romano se desmoronaba, se levantó como un gigante, aplastado por el tuberculoso, destruyendo por el barbaro de una casta con un puñal y roca.

El estoicismo insurgente, que en el siglo II, cuando el imperio romano se desmoronaba, se levantó como un gigante, aplastado por el tuberculoso, destruyendo por el barbaro de una casta con un puñal y roca.

Las vidas de los grandes hombres siempre son ejemplares para el vulgo. Quien esto escribe se considera vulgo y goza en aprender de los que triunfaron por su talento, pues ellos le dan a quien no se paga la celebridad y la universal reputación.

En Vicente Blasco Ibañez concurren otros motivos de consideración y de aprecio; los que consigna en el Prólogo, y a la vez faceta autobiográfica que reproducimos. El desinterés, la lucha con la privación, casi con la pobreza, su espíritu de sacrificio y su constancia férrea en holocausto de la libertad, del progreso y de la justicia y de los derechos del Pueblo, lo consagran, lo enaltecen y lo nimbán de gloria ante las generaciones actuales.

En su obra inmensa, que prácticamente empieza en su magnífica obra «La Barraca» y concluye en «La vuelta al mundo de un novelista», nos demuestra lo pequeño que es nuestro planeta para los desaherados, y lo grande y bello que es para los potentados.

La faceta que reproducimos, sencila en expresión y grande en concepto confirma cuanto decimos y nos excusa de utilizar hiperbólos que, ella, desde el seno de la inmortalidad que se halla, rechazaría.

AL LECTOR: «Flor de Mayo», el libro que tienes entre tus manos, lector, es mi segunda novela. La produjo en 1895, cuando dirigía en Valencia el diario republicano «El Pueblo», fundado por mí.

Lo mismo que mi primera novela «Aroz y tarlana», fué escrita «Flor de Mayo» para el folletín de dicho periódico. «La Barraca», «Sónnica», la Cortesana» y «Entre naranjos», también se publicaron por primera vez en «El Pueblo».

Algunas de estas novelas las escribí fragmentariamente, dando a la imprenta, día por día, la cantidad de cuartillas necesaria para una hoja folletín. Mi vida de periodista no me permitía un trabajo asiduo y concentrado.

Fué aquella época de mi existencia la más quimérica, más desinteresada y de mayor pobreza. Me había metido en el difícil empeño de sostener un diario de propaganda revolucionaria que, falto de la ayuda de los anuncios, no contaba con otros ingresos que los cinco céntimos dados por el lector.

Como si esto no fuera bastante, mi república romántica y temerario me hacía ser objeto casi todos los meses de procesos y encarcelamientos, y cuando volvía a verme libre era para reanudar mi batalla económica, desesperada y dolorosa. En realidad, mis únicos periodos de paz y reposo en aquella época, fueron los que pasé en el cárcel.

No pudiendo retribuir a mis compañeros de redacción, me abstuve siempre de exigirles trabajos extraordinarios. Eran jóvenes que escribían por entusiasmo lo que querían y cuando querían. Yo me encargaba de realizar puntualmente todas las múltiples labores que exige la confección de un diario, desde el artículo político de la primera página, que suscitaba la indignación persecutoria de las autoridades, a los sueltos más insignificantes.

Permanencia hasta altas horas de la madrugada redactando en forma exageradamente amplia los escasos telegramas que podíamos recibir de Madrid y del extranjero, «ahinchándonos», como se dice en lenguaje periodístico, y cuando la luz del día iba blanqueando las ventanas de la redacción.

Según el autor del artículo aludido «si tales exclamaciones las relinchara un caballo, las hallaría muy puestas en razón...», pero como se es el caso de los poetas y pensadores literarios más notables de América del Sur—Manuel González Prada—no podemos por menos que recurrir al paso de las manifestaciones que en su artículo hace el compañero García Prada.

De Manuel González Prada, quien ha dicho: «Preclaro artífice de nuestra lengua, hermanamiento de expresión para horadar y bucear en el alma de los pueblos cuyas modulaciones encuentran en el forma y acentuaciones particulares que le distinguen en manera singular entre las miradas de los escritores sus contemporáneos, tanto por la agudeza del lenguaje cuanto por el sacro don de la naturaleza, tornase grito, anatema y melodía. Dueño de un estilo sencillo, sin aparatosidad, y por ello mismo muy sonoro, la frase fluye de sus labios con la pureza, frescura, sencillez y agilidad de la obra artísticamente terminada».

«Aroz y Tarlana», «Flor de Mayo», «La Barraca» y «Entre Naranjos», han sido escritas de este modo, al apuntar la aurora, en la pobre redacción de un periódico de vida todavía inerte, arrollado su autor por el estrépito de la máquina que rodaba en el piso bajo tirando los primeros ejemplares del diario y oyendo los mil ruidos de una ciudad que despierta para vivir un día más.

Mi trabajo de novelista se iba prolongando hasta bien entrada la mañana, o sea hasta que la fatiga física y los avances de un sueño menos preciado acababan por rendirme. Otras veces, antes de acostarme, vagaba por los caminos de la huerta o por la playa mediterránea, para estudiar directamente los tipos y paisajes desiertos luego en mis novelas.

Estos pasos de notabilidad que prolongaban una existencia anormal en las esplendorosas mañanas, eran para mí la única ocasión de ver el sol como los demás mortales. Me acostaba ordinariamente cerca del mediodía, y al despertar, la tarde estaba en su ocaso, reanudando, cerrada ya, una noche, mi vida folletín.

Por cada vez que existía de sacrificio, de miseria y de continuo combate por un ideal, estéril hasta el presente. Pero lo recuerdo emocionado, como uno de los periodos más interesantes de mi existencia. Amo mis primeras novelas con la predilección que sienten los ricos por los hijos nacidos en su época de pobreza.

Recordando a veces las aventuras a que me arrastró mi entusiasmo juvenil de novelista, ansiando ver de cerca y no de oídas las cosas que pretendía describir en mis novelas.

Dejando confiada momentáneamente la dirección de «El Pueblo» al grupo de jóvenes que me reconocía por maestro y director, a pesar de que solo nos separaba una diferencia de cuatro o cinco años, navegaba en las barcas del Cabañal, haciendo la vida ruda con sus tripulantes, interviniendo en las operaciones de la pesca al alto mar. Como ya van transcurridos cerca de treinta años, me atrevo a decir que también navegué en una barca de contrabandistas, yendo a «trabajar» con ellos en la costa de Argelia.

Otro recuerdo emotivo guarda para mí «Flor de Mayo». Muchas veces, al vagar por la playa preparando mentalmente mi novela, encontré a un pintor joven... sólo tenía cinco años más que yo. que laboraba a pleno sol, reproduciendo magícticamente sobre sus lienzos el oro de la luz, el color inevitable del aire, el azul palpitante del Mediterráneo, la blancura transparente y sólida al mismo tiempo de las velas, la mole rubia y el canal de los grandes buques cortando la ola majestuosamente al fílar de las barcas.

Este pintor y yo nos habíamos conocido de niños, perdiéndonos luego de vista. Venía de Italia y acababa de obtener sus primeros triunfos. Convertido al realismo en el arte y abominador de la pintura aprendida en las escuelas, tenía por único maestro al mar valenciano, admirando fervorosamente su luminoso esplendor.

Trabajamos juntos, él en sus lienzos, yo en mi novela, teniendo enfrente el mismo modelo. Así se reanudó nuestra amistad, y fuimos hermanos, hasta que hace poco nos separó la muerte. Era Joaquín Sorola.

V. B. I. - 1923. Vale la pena leer y releer esta hermosa, instructiva y estimuladora página. Por esto decimos que los grandes hombres siempre son ejemplares y esto, que en aquella época, Blasco Ibañez era un grande hombre en potencia, no en plena floración como lo fué después, a fuerza de estudio y sacrificio, a fuerza de constancia.

ALBERT CARSI Réplica necesaria a los que se escandalizan sobre la independencia de alfalfa

Y yo creo, como el poeta libertario, que incluso convertidos en cuerdos—cuando son en Universidad Popular como cierto convento de Barcelona en 1930—las Iglesias serían indignamente ajenas al Hombre que con su actual misión oficial. Porque si hemos de hablar de la otra misión, de la que permití que en España se descubrieran, en 1909 y en 1930, infinidad de Iglesias-comentario, con monjas de cursos torturados por los torquemados de la perenne inquisición que tiene su sede en el Vaticano, entonces tendríamos que convenir en que incluso como puñado de niñas serían preferibles.

Si en vez de las Iglesias habláramos de un presbítero, maravilloso en su construcción, adornado por dentro con obras de Murillo y por fuera con esculturas de Miguel Angel, pero lleno de seres esclavizados, maltratados en el todo de todo derecho y de toda libertad, tendríamos que reconocer que habría progreso si aquello se convirtiera en museo, o en hospital, o en escuela... o en un templo de la cultura.

autor, algo que fué característico en O. W. Wilde pero que yo escribí en inglés, dejó percibir menos en su obra. Basta recordar las polémicas que promovió la publicación de «Corydon», una abierta e ingenua defensa de la pederastia. Por el mismo motivo, no logré serme grata la lectura de «Immoralists». Hubo muchos que acerra del caso no estaban de acuerdo con Gide, más que otros, pero por razones de pudor, o por lo que pudiera representarse de escándalo a las buenas costumbres, que es, en suma, por lo que fué condenado Wilde en Inglaterra. Para su publicación se escandalizó Paul Claudel ante algunas obras de Gide. Aparte consideraciones de la moral al uso, revestidas de hipocresía, razones de orden religioso apoyan la crítica adversa a la tesis defendida en «Corydon». Ya en su día, el doctor Robertson-Prochowski expuso una serie de documentadas consideraciones, refutando elementalmente las justificaciones de los partidarios del «homosexualismo».

Parte lo que algunos lectores estimamos repudiable en la copiosa labor intelectual de André Gide, nos complica el problema de la amplia y variada del horizonte espiritual que en él era característica, su depravada sensibilidad, su amor a la cultura, y sobre todo, su sinceridad aboradando, sin rodeos, unas ideas que para él, mejor que en sus novelas, pudo captarse la inquietud mental del escritor en sus volúmenes de ensayos, en su correspondencia, en sus páginas de prensa, y en sus conferencias.

Una prueba de su sinceridad, del respeto a la verdad, característicos en el autor de «Les faux-monnayeurs» nos la da con su viaje a la U.R.S.S. Invitado por el gobierno ruso Gide aceptó un viaje de observación a la «patría del proletariado». Llevaba con él la fe, el entusiasmo, la creencia de que en el gran país eslavo se había realizado, en vertiginosa y sencilla forma, el programa. Intelectuales soviéticos y representantes del Estado acogieron con los mayores halagos al gran escritor, celebre ya en el mundo de las letras. Discursos, recepción de visitas oficiales, todo era poco para obsequiar al visitante.

Por ya se ha dicho que Gide se ha caracterizado por su sinceridad; ha tenido una gran confianza en sus compañeros de todo el mundo, no se le insensibil al halago; dejó escritas estas palabras bien significativas: «Hay cosas, a mi juicio, más importantes que yo mismo, más importantes que el mundo, que el mundo mismo, que es su destino, es su cultura.»

Al observando, al margen de lo oficial, al margen de la aparatosisidad, del «influido» puesto en juego para todo el que abita el espíritu de incertidumbre de rebeldía, ha venido siendo siempre indudable factor de progreso, de superación. En la U.R.S.S. no se permite una tal independencia.

En estos días «retornos psicológicos» se multiplican en «Retour de l'U.R.S.S.» De ellos que, evidentemente, no pueden ser considerados como exagerados, ya que los testimonios de un participante en el movimiento comunista, al respecto de Rusia, desde que fué editado el libro de referencia, lo que se ha dicho y lo que se viene diciendo. Además, que los testimonios de un participante en el movimiento comunista, al respecto de Rusia, desde que fué editado el libro de referencia, lo que se ha dicho y lo que se viene diciendo.

«Venid, hermanos de miseria, a contemplar conmigo este desfile lígubre, ¡ah, e insalubre al mismo tiempo!» Venid a la cima de mis observaciones; venid, hermanos de hambre y de cada.

«Yets esa mujer que espiga la mísera del policía, que busca la sonrisa y que cuando alcanza a poseer alguna opción procura llamarle la atención y ser con una sonrisa que parte el alma, porque se adelanta que está forzada a comer cuando la corazón se levanta a derramar lágrimas, ¡ah, e insalubre al mismo tiempo!» Venid a la cima de mis observaciones; venid, hermanos de hambre y de cada.

«Yets esa mujer que espiga la mísera del policía, que busca la sonrisa y que cuando alcanza a poseer alguna opción procura llamarle la atención y ser con una sonrisa que parte el alma, porque se adelanta que está forzada a comer cuando la corazón se levanta a derramar lágrimas, ¡ah, e insalubre al mismo tiempo!» Venid a la cima de mis observaciones; venid, hermanos de hambre y de cada.

«Yets esa mujer que espiga la mísera del policía, que busca la sonrisa y que cuando alcanza a poseer alguna opción procura llamarle la atención y ser con una sonrisa que parte el alma, porque se adelanta que está forzada a comer cuando la corazón se levanta a derramar lágrimas, ¡ah, e insalubre al mismo tiempo!» Venid a la cima de mis observaciones; venid, hermanos de hambre y de cada.

«Yets esa mujer que espiga la mísera del policía, que busca la sonrisa y que cuando alcanza a poseer alguna opción procura llamarle la atención y ser con una sonrisa que parte el alma, porque se adelanta que está forzada a comer cuando la corazón se levanta a derramar lágrimas, ¡ah, e insalubre al mismo tiempo!» Venid a la cima de mis observaciones; venid, hermanos de hambre y de cada.

«Yets esa mujer que espiga la mísera del policía, que busca la sonrisa y que cuando alcanza a poseer alguna opción procura llamarle la atención y ser con una sonrisa que parte el alma, porque se adelanta que está forzada a comer cuando la corazón se levanta a derramar lágrimas, ¡ah, e insalubre al mismo tiempo!» Venid a la cima de mis observaciones; venid, hermanos de hambre y de cada.

«Yets esa mujer que espiga la mísera del policía, que busca la sonrisa y que cuando alcanza a poseer alguna opción procura llamarle la atención y ser con una sonrisa que parte el alma, porque se adelanta que está forzada a comer cuando la corazón se levanta a derramar lágrimas, ¡ah, e insalubre al mismo tiempo!» Venid a la cima de mis observaciones; venid, hermanos de hambre y de cada.

FONTAURA

Venid, hermanos!

VENID, hermanos de miseria, a contemplar conmigo este desfile lígubre, ¡ah, e insalubre al mismo tiempo!» Venid a la cima de mis observaciones; venid, hermanos de hambre y de cada.

«Yets esa mujer que espiga la mísera del policía, que busca la sonrisa y que cuando alcanza a poseer alguna opción procura llamarle la atención y ser con una sonrisa que parte el alma, porque se adelanta que está forzada a comer cuando la corazón se levanta a derramar lágrimas, ¡ah, e insalubre al mismo tiempo!» Venid a la cima de mis observaciones; venid, hermanos de hambre y de cada.

«Yets esa mujer que espiga la mísera del policía, que busca la sonrisa y que cuando alcanza a poseer alguna opción procura llamarle la atención y ser con una sonrisa que parte el alma, porque se adelanta que está forzada a comer cuando la corazón se levanta a derramar lágrimas, ¡ah, e insalubre al mismo tiempo!» Venid a la cima de mis observaciones; venid, hermanos de hambre y de cada.

«Yets esa mujer que espiga la mísera del policía, que busca la sonrisa y que cuando alcanza a poseer alguna opción procura llamarle la atención y ser con una sonrisa que parte el alma, porque se adelanta que está forzada a comer cuando la corazón se levanta a derramar lágrimas, ¡ah, e insalubre al mismo tiempo!» Venid a la cima de mis observaciones; venid, hermanos de hambre y de cada.

«Yets esa mujer que espiga la mísera del policía, que busca la sonrisa y que cuando alcanza a poseer alguna opción procura llamarle la atención y ser con una sonrisa que parte el alma, porque se adelanta que está forzada a comer cuando la corazón se levanta a derramar lágrimas, ¡ah, e insalubre al mismo tiempo!» Venid a la cima de mis observaciones; venid, hermanos de hambre y de cada.

«Yets esa mujer que espiga la mísera del policía, que busca la sonrisa y que cuando alcanza a poseer alguna opción procura llamarle la atención y ser con una sonrisa que parte el alma, porque se adelanta que está forzada a comer cuando la corazón se levanta a derramar lágrimas, ¡ah, e insalubre al mismo tiempo!» Venid a la cima de mis observaciones; venid, hermanos de hambre y de cada.

(Termina en la página 3.)

Monin a su papà:
 - Han dicho por teléfono que vayas esta tarde.
 - ¿Adónde?
 - ¡No lo pregunté!
 - ¿Quién telefoneó?
 - ¡No me lo dijeron!



El profesor examina a Kiko:
 - ¿Qué es un ascensor?
 - Un cajón destinado a colgar un cartelito que diga: "No funciona".

LA MANTE EL HERMANO

CAPRICIEUSE FLO

C'était un de ces après-midi où sur le Karoo, un coin ombragé était aussi soubaitable et aussi rare qu'un verre d'eau fraîche. Il faisait chaud dans la cuisine et Nettie avait envoyé son fils Alle jouer dehors. Il aimait à taquiner les petits poulets d'une semaine qui s'avaient leur mère, grattant la poussière comme elle le leur montrait et picorant là où elle picorait.

— Ch!... ch!... faisait Alle, et les petits poussins devaient se cacahaler, effrayés, sous l'aile maternelle. Puis comme il répétait son jeu, la poule furieuse, levant le bec, menaçait ses jambes.
 — Alle, cria Nettie, c'est très vilain d'effrayer les poulets. Si Oom Kooos te voyait, il te punirait certainement.
 — Ag m'man, ça m'amuse de les entendre piailler.
 — Si un grand lion te poursuivait tu viendrías trouver ta maman en pleurant, n'est-ce pas?

— Qui, m'man.
 — Ah! et que ferais-tu si le grand lion te sautait dessus même pour jouer?
 — J'appellerais Oom Kooos pour qu'il tire sur le lion avec son arc.
 — Pour les poulets tu es aussi effrayant qu'un lion et ils ne peuvent pas demander à leur mère de venir tirer sur toi.
 Alle réfléchit un moment et laissa la poule et sa couvée en paix. Il essaya de se distraire en imitant le gloussement d'un dindon près du bassin, puis il se dirigea vers la hutte de Kooos.

Le toit débordant formait une ligne d'ombre devant le pondockie, et Kooos était assis là lorsque Alle parut.
 — Midtag, Oom Kooos, dit l'enfant en riant joyeusement.
 Kooos semblait rigide, assis sur son tabouret, les bras pendants, raidés, les yeux fixes.
 — Midtag, Oom, qu'est-ce que regarde Oom?
 Alle se tordit le cou pour observer l'horizon lointain.
 — Oomple, Oomple, serait-il malade?
 Kooos ne bougea pas, puis un spasme nerveux secoua ses bras qui touchaient presque terre. Ses yeux étaient grands ouverts et la sueur perlait à son front.
 Le petit garçon, se rendant compte qu'il avait là quelque chose d'normal, parait en courant vers la cuisine.
 — M'man... M'man... Oom Kooos est malade... Oom Kooos ne veut plus me parler... M'man!
 Nettie s'agita.
 — Est-ce une vilaine plaisanterie, Alle, ce «skem» de Kooos te pousse-t-il à quelque sottise?

El león y la cabra

CANSADO estaba ya un león de recorrer montes, selvas y cerros sin encontrar nada en qué saciar su más que regular apetito, cuando acertó a ver trepar una cabra hacia la cima de un escarpado risco.
 No considerando capaz de seguirla y echarle el guante, acercósele cuando pudo el león y, cortésmente, le dijo:
 —Baja, amiga mía, no te aventuras por ese precipicio, que en el bosque pacerás reposadamente a mi lado.
 —¿Desde cuándo, señor—respondió la cabra—, su real majestad cuida con tanto amor de las de mi especie? A buen seguro que fan dulces halagos no persiguen mi bien. Idos, pues, a vuestra selva y dejadme en paz en mis cerros. Nada replicó el león, que se marchó efectivamente, mientras la cabra seguía trepando risco arriba.
 Convenie examinar los consejos antes de seguirlas, pues, según quien nos los dé, pueden redundar en nuestro daño.
 —Refrendó la historia de la imprenta—dijeron unos.

légende au Bas lorsqu'il était un petit garçon; mais chaque fois il la transformait un peu et elle était pleine de pittoresque.
 Hotnots-got est très puissant. Il aide les hommes qui sont en difficulté et aussi les animaux.
 (A suivre.)

LAS AVENTURAS DE NONO

LA ESCUELA

(Continuación)
 Pero mientras daba aquellas explicaciones y mostraba a Nono, en una flor que había cogido, los órganos que nombraba. Delia fijaba sus miradas en la guirnalda que llevaba Mab y en la que Nono guardaba aún en su brazo.
 —Nono, que la observaba y admiraba su dextera, se preguntó a decirse:
 —¿La ves? es para ti, y se la puso en la cabeza.
 Delia, se manifestó no menos agradecida y contenta que sus amigos Mab y Biquette, y a las otras que acudieron a admirar aquella manifestación de fraternidad y buen gusto artístico debió también prometerles la enseñanza de su fabricación.
 Aquello fue un estazo, como se dice en la jerga artística; durante ocho días no se pensó en otra cosa en Autonomía que en la construcción de guirnaldas, hasta que se agotaron los puros, se quitaron un poco los jardines y no sé si se habrían librado del todo los mismos invernaderos, si un nuevo juego no hubiera venido a operar una desviación de pensamiento, haciendo abandonar las guirnaldas.
 A todo esto llegó la hora de la comida; las mesas se sirrieron también al exterior, sobre la explanada, porque el tiempo era espléndido, y Nono, que esta vez tenía hambre, pudo gustar, no sólo de las frutas que le gustaban, sino también de muchas otras cosas que él conocía ni había visto en su vida.
 No pudiendo y comer, como si comiera una falta, metió desistidamente en su bolsillo media docena de frutas parecidas a manzanas, cuyo nombre desconocía, pero que le parecían excelentes y que, cuando se levantó de la mesa fingiendo un pretexto, llevó a su casa.

VIII
 LA ESCUELA

Al levantarse de la mesa, los niños se espacieron por los jardines, orgulloso dando toda clase de juegos. Nono bajó de su cuarto y se mezcló con ellos; pero un grupo de señoritas de cinco a diez años le pidió que comenase en seguida sus lecciones sobre el arte de tejer flores, y accedió a su deseo.
 Hallábase en medio de este grupo, cuando una hora después, crieron a buscarle Hans, Mab y compañía.
 —Vamos a la escuela—le dijeron—, ¿cómo nos va?
 —Verás como nos divertimos—añadió Dick, que se había unido a ellos.
 Nono, que no desaba otra cosa que ver novedades, prometió a sus discípulos continuar su lección al día siguiente y siguió al grupo de los estudiantes.
 Entraron en una espaciosa sala del piso bajo, donde convenientemente colocadas, había mesas y sillas; pero no de esas mesas y bancos de una sola pieza que ocupan todo el ancho de una pieza, que apenas dejan paso y donde se trabaja madre de sitio, sino mesas cuadradas para un solo escolar, que podía transportarse a voluntad y disponer como se quisiera, porque a los escolares nadie les prohibía de reunirse por grupos.
 Nono y sus amigos se instalaron cómodamente en una de aquellas mesas, y muchos otros compañeros se situaron igualmente en distintos puntos de la sala.
 Libertá, que presidía las lecciones, procuraba más bien atraerse o sugerir preguntas de los niños que llenar la cabeza de ideas que no suelen comprender.
 Una vez sentados todos, Libertá consultó a los escolares el asunto de la lección del día.
 —Refrendó la historia de la imprenta—dijeron unos.



—No; explicados astronomía—dijeron otros.
 —Mejor es que no expliqués la formación de la tierra.
 —La geografía es más divertida.
 —Ya se explicó ayer—protestaron algunos voces.
 —Vengan problemas—dijo un grupo de mochos de diez a doce años.
 —Todo lo que queráis—dijo Libertá sonriendo—pero lo primero es entenderse. ¿Por dónde empezaremos?
 —Empecemos por los problemas, si se quiere, pero continúelos luego por la geografía.
 —Sí, y ya no me quedará tiempo para la astronomía—refunfuñaron algunos descontentos.
 —Ni de hablar de la formación de la tierra—añadieron otros.
 —Ni menos de contarnos alguna bonita historia—insistió un grupo de los más pequeños.
 —Con buena voluntad hay medio de arreglarlo todo. Por lo visto queréis que la primera parte de nuestra jornada se dedique a resolver problemas; en segunda pasaremos a la geografía, y mañana sin falta nos dedicaremos a la formación de la tierra. En cuanto a la astronomía, esta tarde después de la comida, me parece plenamente indicado ocuparnos de estudiar en la celda abierto cuanto brillan las estrellas.
 —¡Sí! ¡sí!—exclamaron la mayor parte de los discípulos.
 Pero en un rincón, el grupo de niños que había leído historias, protestaba, no queriendo esperar un día más, y amenazaba con retirarse si no se le daba satisfacción.
 Libertá tomó un libro de la mesa y se le dio, diciendo:
 —Puesto que queréis absolutamente historias—dijo—aquí podéis escoger: entre ellas las de Gutenberg y el fin del descubrimiento de la imprenta. Retirados a un rincón o id al jardín si queréis y leeré cuanto os plazca.
 Arreglados así las cosas, restablecióse el silencio y comenzó la lección.

—Yo tenía quince pesetas en el bolsillo, y he perdido diez; ¿qué tengo ahora en el bolsillo? ¡Algún agujero, porque las otras me las he gastado.



ERA un lunes.
 Cuando los niños volvieron del colegio, el padrino preguntó a Botón y a su hermana:
 —¿Qué queréis que os pinte hoy?

Libertá dictó algunos problemas que varios alumnos, una después de otro, resolvían en el cuadro. Después, otros los dictaban, y sus compañeros los resolvían.
 Nono observó que uno de los alumnos que manifestaba empeño en hablar siempre aunque no les correspondiese, se encogía de hombros o hacía gestos desdenados cuando uno de los interrogados no respondía con facilidad y paciencia como si poseyese el secreto de conocer mejores soluciones.
 —Jacquet—este era su nombre—dijo Libertá, dictad un problema.
 Jacquet enunció un problema en que se trataba de horas, segundos, litros y metros, quedando satisfecho de su originalidad.
 De tan complicado enredo nadie halló solución, y el autor mismo, instigado a desmenuzarse, se volvió en el mismo caso que los otros.
 Por exceso de cantidad el niño quedó en ridículo, y como es natural, sus compañeros se burlaron de él; Libertá le demostró que era un problema de problemas más sencillos y razonables, que no otros complicados y no comprendidos, terminando por evidenciar el defecto capital de su problema y por qué era imposible encontrar una solución.
 Jacquet, bastante mortificado, volvió en que nadie le observaba se retiró para ensayarse.
 Tocó a Nono el turno de dictar un problema, y presentó uno que recordaba haber resuelto en la escuela en que se trataba de un mercader que, habiendo comprado tantas piezas de paño, de tantos metros, por la cantidad de tanto, se preguntaba a cuánto debería vender el metro para ganar tanto.
 Este problema está bien planteado, dijo Libertá, que acababa de presentarse a los niños—pero lo está según las reglas egoístas que os enseñan en las escuelas de un mundo donde no se trabaja sino en vista de especular sobre sus semejantes. Aquí el problema se plantea de otro modo; en tu lugar yo hubiera dicho: "Dado que un hombre tiene tantas piezas de paño, pudiendo dar cada una tantas veces vendidas, ¿a cuánto antes podrá comprar dentro un vestido a cada uno de ellos?" Ve, hijo mío—añadió besando cariñosamente a Nono—¿qué eres demasiado joven para apreciar bien la diferencia, pero cuando estés en edad de comprar su comprenderás.
 Con esto terminó la lección de aritmética, y se pasó, como estaba convenido, a la de geografía.
 Libertá explicó a los niños qué era un continente, un río, una isla, una península, un archipiélago, y por medio de un aparato semejante a una linterna mágica mostraba gráficamente la representación de lo que explicaba.
 Para que su lección fuese menos grida, la ilustraba con relatos que se referían a sus explicaciones, y durante la elección el aparato hacía desfilir sobre la pared las escenas animadas de la anecdota referida.
 Hasta los partidarios de las historias acabaron por abandonar su rincón viniendo a escuchar la lección de Libertá. Otros, por el contrario, a quienes no interesaba o que sentían necesidad de entrar las piernas se levantaban sin ruido, dirigiéndose al jardín.
 Por su parte Libertá, que sabía que no debe abusarse de la atención de los niños, aunque se los ve interesados en un asunto, porque la infancia necesita moverse, agitarse, correr, hacer ruidos, levantó la sesión, y los niños, corrieron al jardín, donde Labor, con algunos de aquellos que habían preferido el aire libre, prestaba a los trabajos del cultivo.
 (Continuar.)

—Pintanos... pintanos... un reloj—dijo el chico.
 Y ella añadió:
 —Eso, eso... un reloj.
 Cogió un papel y un lápiz el padrino, y mientras lo iba pintando iba dándole así la explicación:
 —Para dibujar un reloj de bolsillo se empieza por una circunferencia, luego otra dentro un poquito más pequeña y un punto gordito para centro de las dos. Dentro del redondel más chico se dibujan un 12 arriba y un 6 abajo, un 9 a la izquierda y un 3 a la derecha, y después los números intermedios. Las manillas son una más corta que la otra, como dos hermanas que no fueran gemelas, y a las que habrá que colocar en una hora cualquiera. Arriba pondremos la manilla que sirve para colgarlo de la cadena, y dentro de ella los dientes que se aprietan con los dedos para que suene a rascar cuando se da cuerda al reloj.
 Ahora voy a contáros la historia de este reloj de bolsillo, que una vez le regalamos como premio a Santiago.
 Era, por cierto, un amable reloj que, como todos ellos, constantemente estaba ofreciendo minutos y horas nuevas, para que con un poquito de voluntad hiciera Santiago cuanto debía hacer, y aun le ofrecía tiempo para jugar después.
 Seguramente habréis supuesto que el premio que le dieron al niño había sido por aplicado, ¿verdad? Pues no fué así.
 Es cierto que no era un chico demasiado perezoso; pero tampoco le gustaba estar todo el día de cara a las hojas de los libros.
 Veréis, veréis la historia...

Santiago tenía una cometa con un payaso de colores en medio, y sabía dominarla de tal manera, que una vez le echó para entregar una carta a un aviador que estaba volando, y otras veces le servía para llamar en la ventana de su casa, que era un rascacielos, y para que en ella le atarcan el bocadillo de la merienda; entonces recogía la cuerda, y se le comía tranquilamente en el parque cercano a su casa.
 Llegaron las fiestas del colegio, y el director dijo:
 —He comprado un reloj, y se lo regalare al colegio que lance su cometa más alta.
 Veinte niños acudieron al concurso. Cada uno llevaba dos compañeros para que le ayudaran a lanzar sus cometas. Una de ellas

tenía un sol pintado; otra, un botijo; otra, un diablillo... Cada cometa tenía su dibujo. Y la de Santiago, ya lo sabéis, un clown.
 El aviador que tenía el colegio para su uso, se encargó de volar sobre las cometas lanzadas, como el director como pasajero del avión; y vieron que la del payaso subía y subía más que ninguna, y que no pudieron seguirla porque llegaba demasiado alta.
 Cuando aterrizaron y Santiago recibió su cometa, se encontraron con que el payaso de colores se había quemado las narices con el pío de una estrechilla del cielo que tenía luz propia.
 Entonces el director regaló al niño el reloj, pero mandando antes que grabaran en el revés estas letras: «Premio a la cometa que llegó a las estrellas».
 Tomó Santiago tanto cariño al premio, que todas las mañanas, al despertar, se lo llevaba al oído con grandes sustos, porque siempre le parecía que no respiraba, es decir, que no andaba; pero siempre se convenía alegremente de que, aunque fuera muy suave, el reloj seguía haciendo su tic-tac.

Reuerdo que una vez le faltaba tiempo a Santiago para resolver un problema de aritmética; manzanas, cuya solución tenía que llevar al colegio, y miró triste y desesperado al reloj. Pero la cara que le había pintado en el cristal le dio ánimos, y el reloj ensanchó una de sus horas como se ensanchan las gomas de un tirador, para que así tuviera el chico tiempo de resolverlo todo.
 En cambio, en unas carreras de bicicletas del colegio, en las que Santiago corría, la cara del reloj, cuando el niño miraba la hora, parecía decir:
 —¡Corre mucho; mira que se me va el tiempo y perderás!...
 Entonces Santiago ganó un esfuerzo, y algunas veces conseguía ganar.
 (A seguir.)

El caballo y el ciervo

SEDIENTO de venganza, perseguía un caballo rencoroso a un ciervo que le infringiera leve ofensa y que se creía seguro gracias a la velocidad de sus pies.
 El ofendido, perdida la esperanza de alcanzar al ofensor y realizar su intento, pidió apoyo al hombre con el fin de no dejar sin castigo al osado.
 Consintió el hombre en prestarle ayuda, y el caballo, habiéndole tomado sobre sus lomos, debidamente armado, corrió tras el ciervo, que por fin fin hubo de morder el polvillo alcanzado por la lanza del hombre.
 El caballo dio entonces, a éste las más expresivas gracias, y le invitó a echar pie a tierra para marcharse libre de todo peso; mas el hombre no accedió a sus súplicas, y desde entonces el caballo quedó sometido al rey de la Creación.
 Aprendamos a no ser rencorosos en esta fábula da idea de las consecuencias que pueden tener la simple satisfacción de una venganza.
 (Continuar.)